

Páginas ilegibles

Clara Cuenca

La desgastada puerta crujió mientras entraba a su apartamento. Las lúgubres paredes parecieron cerrarse sobre él a medida que se adentraba pesadamente en el salón.

Las tablas de madera del suelo lloraban lamentos con cada paso que daba. Su mirada se dirigió por un momento al cuadro de colores apagados, abstracto, que en algún momento había intentado pasar por alegre; le pareció entonces repugnante. Resistiendo la tentación de rasgarlo con sus propias uñas, se sentó en el sillón, que se hundió bajo su peso. Tomó el control del televisor que se encontraba en una silla frente a él y encendió el aparato. Miró la pequeña pantalla, intentando perderse en ella, en sus colores y sus ruidos chillones. Funcionó por un rato, pero tuvo que apagarlo cuando la voz de la irritante mujer del programa comenzó a hastiarlo, limitándose a ver la pantalla negra. Deseó sumergirse en esta. Podía escuchar el ruido de los autos en el exterior.

La luz se prendió, recién entonces se dio cuenta de que había estado apagada todo ese tiempo. Su mujer entró a la habitación. Avanzó unos pasos antes de girar su cabeza y mirarlo con asco; su rostro se arrugó por el desagrado. Su aspecto la convertía en un libro abierto: sus ojeras evidenciaban las noches que había pasado sin pegar un ojo, su delgada contextura exponía las comidas que se había salteado para cumplir con sus turnos de trabajo y la fría mirada que le dirigía mostraba el que, ella había confesado, consideraba su peor error.

Ella lo había conocido con diecinueve años, cuando todavía era lo suficientemente ingenua como para creer las mentiras y promesas de un hombre como él en esos tiempos dorados en que todo parecía posible. Ahora, encerrada en aquel barrio de mala muerte, saliendo únicamente en sus horarios laborales, lo veía por lo que realmente era: un manipulador con mucha labia que se había aprovechado de su estupidez. Se dirigió a su cuarto, encerrándose de un portazo.

De nuevo en soledad, el hombre tomó el cuaderno que escondía bajo los almohadones del sillón. Once de la noche. Buscó la lapicera que se encontraba dentro del encuadernado rojo, continuó entonces con su audaz relato:

“Observó como el humo de su cigarrillo se perdía entre las nubes de aquella noche, confundiéndose por su color grisáceo. Esperaba pacientemente la llegada de aquel hombre, dando lentas caladas. Sólo la luz amarillenta de un farol iluminaba su figura. Su rostro se encontraba parcialmente tapado por el sombrero que usaba, que era negro como el resto de sus ropas.

Durante años había esperado pacientemente por aquella venganza, por lo que unas horas más no eran un problema para él...”

—¡Ey! ¿Te vas a quedar ahí tirado todo el día? Tu turno empieza en quince minutos.

Estaba delante de él, su apagado pelo rubio se encontraba fuertemente amarrado y llevaba puesto el uniforme de su trabajo de la mañana. Sus brazos estaban cruzados y una expresión de desagrado cruzaba su rostro.

Él no dijo nada, tampoco se movió. Simplemente la contempló, intentando encontrar algún rastro de la mujer de la que se había enamorado. Se preguntó si ella estaría buscando lo mismo en él.

Su esposa le dedicó una mirada llena de odio, apretaba los puños esperando una respuesta. Su infranqueable silencio la molestó aún más.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —Avanzó dando unas zancadas antes de arrebatarle violentamente la libreta que estaba en su regazo. Hizo un amago de movimiento, pero finalmente decidió quedarse en su lugar.

Ella rió históricamente al comprender que era lo que ahora sostenía entre sus manos.

Páginas
ilegibles

Clara
Cuenca

—¿Todavía conservás esto? ¿Seguís escribiendo esas estupideces? ¿No entendés que esto arruinó tu vida? —Las palabras le llegaban incoherentes, pese a que las gritaba solicitando una respuesta, tal vez porque ella lloraba desconsoladamente

.

—¿Aunque sea me escuchás? ¡Movete, hacé algo!

Quiso decir que no, que no era así, que estaba equivocada, pero ya no encontraba sentido en expresarlo. Lo golpeó con la palma de su mano, dando vuelta su rostro.

—¡Respondé!

Ella comenzó a romper las páginas del cuaderno con ahínco, dejándolas caer desperdigadas por todas partes. Permaneció quieto, pero pudo sentir como su lapicera, fuertemente agarrada, explotaba por la presión de su mano. Tal vez tenía razón.

Cuando se dio cuenta ella ya no estaba en la habitación.

“Tiró el cigarrillo al suelo una vez que acabó con él. Escuchó los pasos que se acercaban, en silencio. Esperó a que saliera del callejón mientras limpiaba su pistola. El hombre no tuvo tiempo a reaccionar, al segundo una bala atravesaba su cráneo con una facilidad increíble. Había cumplido su cometido. La sangre salpicaba el piso.”

Se sintió despertar ¿dónde estaba?, miró a su alrededor, intentando divisar algo en aquella penumbra. Era su apartamento o eso le pareció. Tocó su rostro, intentando verificar que seguía siendo él. Este se humedeció ante el contacto, sus manos estaban cubiertas por un líquido pegajoso. Un olor a acero impregnaba el aire.

Espantado, se arrastró unos pasos hacia atrás, se detuvo al chocar con algo.

Un cuerpo yacía en el suelo... era su esposa, cubierta de sangre. Sus ojos se encontraban abiertos, pero no miraban. Le parecieron más vivos que nunca. Había una sonrisa en su rostro.

Páginas
ilegibles

Clara
Cuenca

Su primer instinto fue rebuscar en su bolsillo, intentando encontrar su celular para llamar a la policía... Luego recordó que él la había matado y dejó de hacerlo.

Se sintió vacío, pero también libre.

Miró el panorama completo, el cadáver ensangrentado rodeado de las ilegibles páginas de su cuaderno que se encontraban empapadas en el líquido carmesí. Soltó dos lágrimas, una por cada uno de los muertos.